

FUIMOS ESCOGIDOS DESDE EL PRINCIPIO PARA ALCANZAR LA GLORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

2 Tesalonicenses 2:13 “Pero nosotros siempre tenemos que dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os ha escogido desde el principio para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. v:14 Y fue para esto que El os llamó mediante nuestro evangelio, para que alcancéis la gloria de nuestro Señor Jesucristo. v:15 Así que, hermanos, estad firmes y conservad las doctrinas que os fueron enseñadas, ya de palabra, ya por carta nuestra. v:16 Y que nuestro Señor Jesucristo mismo, y Dios nuestro Padre, que nos amó y nos dio consuelo eterno y buena esperanza por gracia, v: 17 consuele vuestros corazones y os afirme en toda obra y palabra buena”.

Las cartas del apóstol Pablo, así como las demás cartas apostólicas tienen la característica de contener una gran carga de enseñanza. La razón es que, a diferencia de los Evangelios que tienen mucha reseña histórica y no digamos de los escritos del Antiguo Testamento, las cartas que escribieron los apóstoles tenían la finalidad de ser más directas y precisas para que las Iglesias conocieran la Economía de Dios. A medida que ha venido transcurriendo el tiempo hemos descubierto que las introducciones a las cartas y hasta los epílogos, nos dicen muchas cosas dignas de prestarles atención. Estos escritos son tan doctrinales que un verso es capaz de contener hasta dos o tres verdades dignas de prestarles atención y buscar la manera de desarrollarlas, tanto en lo personal como en la Vida de Iglesia. Por ejemplo, este pasaje que acabamos de leer es prácticamente un resumen de lo que Dios se propuso hacer desde la eternidad pasada, hasta la implantación del Reino venidero en el cual nuestro Señor Jesucristo será el Rey de Reyes. Si ponemos atención a estos versos, nos podemos dar cuenta qué fue lo que Dios hizo, y qué beneficios nos causa a nosotros toda esta planificación divina. Trataremos de desglosar cada una de las cosas que necesitamos ver en este pasaje para nuestra edificación.

Dice el v:13 ***“Pero nosotros siempre tenemos que dar gracias a Dios por vosotros, hermanos amados por el Señor, porque Dios os ha escogido desde el principio para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”.*** Lo que el Señor decidió hacer a favor del hombre no tuvo su inicio acá en la tierra, sino fue un asunto de carácter eterno. El ser escogidos desde el principio se remonta a la eternidad “pasada”, a la era donde no existía el tiempo, sino que sólo existía Dios y el Verbo; en ese tiempo fue cuando Dios planificó el Plan que habría de llevar a cabo por medio de la persona de nuestro Señor Jesucristo. A causa de Su Plan tan maravilloso, Dios espera que nosotros siempre tengamos “acciones de gracias” para Él, porque lo que hoy somos y tenemos en Dios, no es un asunto que surge de la improvisación divina, sino es lo que se planificó para nosotros en Cristo.

La caída del hombre no fue la razón por la cual el Señor Jesucristo vino a salvarnos, más bien lo que hizo el Señor Jesús por salvarnos fue a causa del Plan divino que estaba trazado desde antes de la fundación del mundo. Si revisamos la doctrina de la salvación, nos damos cuenta que lo medular para que el hombre recupere su comunión con Dios es la necesidad humana, aunque eso no significa que eso sea el Plan Eterno de Dios. La salvación no es lo mismo que el Plan Eterno

de Dios. La caída del hombre le dio origen a la salvación que Dios ejecutó en Cristo Jesús pero no al Plan eterno de Dios. El Plan Eterno no tiene que ver con los deseos, o las decisiones del hombre, ni mucho menos con las intervenciones del diablo. Lo que Dios ha puesto en nuestras manos no es nada menos que lo que Él diseñó en la eternidad. A causa de esto es que nos debemos sentir apremiados a profundizar en el conocimiento de Dios para que nuestra experiencia en el Evangelio no sea sólo hablar del milagro del cambio personal que tuvimos al encontrarnos con Él. Algunos creen que lo más grande que les pasó al venir al Señor fue dejar de tomar bebidas alcohólicas, otros creen que el Evangelio es lo que les ha servido para tener un hogar estable con su cónyuge, otros “perseveran” en los caminos del Señor porque fueron sanados de alguna enfermedad, etc. ¡Gloria a Dios por los milagros y las victorias personales que tuvimos al venir a Cristo! sólo que ni el más grande de los milagros es el Plan Eterno de Dios. No confundamos las cosas; que por la misericordia de Dios sucedan milagros en nuestras vidas, no significa que debemos pregonar que el Evangelio consiste en milagros, tal concepción es corromper el Evangelio.

El Evangelio nunca tuvo sus orígenes en las necesidades humanas. Debemos tener conciencia que al caminar en el Señor pueden suceder muchas cosas externas; por ejemplo, el apóstol Pablo decía que él podía estar contento en la abundancia como en la escasez, por lo tanto, nosotros debemos armarnos del mismo pensamiento: *“Gracias Señor por la abundancia”* y *“Gracias Señor por la escasez”*. Si nuestro Evangelio va a tener su fundamento en lo que Dios nos da, sólo estamos yendo en pos de un rudimento de bajeza, un Evangelio tergiversado.

El Evangelio tampoco comenzó a causa de los problemas que ha causado Satanás en el mundo. Yo no tengo como el centro de mi ministerio asuntos de liberación demoníaca ni asuntos que tengan que ver con el mundo espiritual de las tinieblas. Para empezar, yo leo en la Biblia que Dios ya venció a Satanás y a sus huestes en la cruz del Calvario, y tampoco me centro en los endemoniados, pues, la Biblia dice: **“... Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”** (Romanos 8:31). Si creemos en Cristo no tenemos porqué estar bajo la influencia de los demonios; eso literalmente es dejarse vencer por seres ya vencidos. El problema de muchos creyentes no son los demonios, sino su falta de búsqueda de la Presencia del Señor; si alguien busca al Señor y se expone a Su luz, los demonios huyen. Si buscamos al Señor, Su unción pudrirá cualquier yugo de esclavitud demoníaca, nuestra mente será liberada, y por ende, nuestra vida será cambiada. ¡Aleluya! Dice Romanos 16:20 **“Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”**. Satanás es un ser vencido, el que tiene todo el poder es Cristo.

La raíz del evangelio que nos dieron está en la eternidad pasada. Lo que el Padre planeó en la eternidad pasada es: **“reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra”** (Efesios 1:10). El día que alcancemos la plenitud del Evangelio, ese día también nos daremos cuenta que nuestro yo se perdió en Cristo. Si Cristo es todo en nosotros, nuestro “yo” no es ¡Nada!, pero si todavía somos algo es porque Él aún no lo es todo. La máxima expresión del Evangelio se alcanza mediante la anulación del “yo” del hombre. Al alcanzar la plenitud del Evangelio nuestro trabajo es Cristo, nuestro hogar es Cristo, nuestras finanzas son Cristo, nuestro futuro es Cristo, en fin,

todo es de Cristo. Debemos entender que el Plan de Dios surgió antes de que nosotros fuéramos creados, cuando sólo era Dios y el Verbo; por lo tanto, ese bendito Plan no podemos centralizarlo en nosotros mismos, sino en el Hijo. Obviamente, Dios diseñó que la creación y la humanidad misma vinieran a ser parte de la expresión de ese Plan Eterno; y así es como nosotros tenemos parte en esto tan maravilloso. A raíz de esto Dios tiene que depurarnos de nuestras ambiciones, de nuestro amor propio y demás cosas que son un estorbo para que seamos instrumentos que expresen Su Plan.

El Evangelio arrancó en nosotros por la fe. Dice *2 Corintios 5:7* ***“porque por fe andamos, no por vista”***. Ahora bien, la fe no sólo debe ser el inicio, sino debe ser nuestro vivir, nuestra manera de perseverar, y nuestra manera de terminar la carrera en el Señor. La fe no es nada en lo natural, sin embargo, es el todo de lo espiritual. Lo que esto nos dicta es que nuestra vida debe ser depurada hasta que aparezca en nosotros el escenario del Plan de Dios, es decir, que Cristo sea el todo de nuestra vida.

Demos gracias a Dios porque el Evangelio que tenemos no está amarrado a milagros, ni a necesidades, ni a otra cosa que no sea Cristo. Nuestro Evangelio es el Plan Eterno para el cual Dios nos ha escogido desde el principio.

El pasaje que leíamos al principio dice que Dios nos escogió desde el principio para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad. Esto quiere decir que el Plan de Dios no se detuvo a pesar de que el hombre cayó en pecado. El Plan de Dios nunca fue tener un hombre caído para luego levantarlo, el Plan de Dios siempre fue un hombre al cual pudiera perfeccionar. Lo glorioso que nos dice el apóstol Pablo en estos versos es que ni siquiera la caída del hombre ha detenido el Plan de Dios. Esto que le estoy diciendo es como que a alguien le ofrezcan un trabajo con la condición de que tenga vehículo propio, que pueda manejar y que tenga licencia de conducir. La persona interesada en la plaza tiene el problema de que no cumple ninguno de estos tres requisitos: no tiene vehículo, no puede manejar, y tampoco tiene licencia, pero sí desea el trabajo. Cuando el empleador ve la condición de esta persona, es movido a misericordia, y le dice: “No te preocupes, te daré el trabajo, te enseñaré a conducir, te pagaré los trámites de la licencia de manejar y te proporcionaré un vehículo”. Esto es más o menos lo que Dios hizo con nosotros al salvarnos, nos solucionó los problemas que teníamos para ser parte de Su Plan. Dios levantó al hombre de su caída, lo perdonó, lo justificó, y lo facultó para que alcanzara aquello para lo cual fue creado. La salvación es un acto de la misericordia de Dios, es la muestra de un Dios que no lo detiene nada. Cuando el hombre cayó, Dios bien hubiera podido dejar al hombre en su terquedad y reiniciar Su Plan con otra estirpe, sin embargo, Él quiso socorrer a Adán y a sus descendientes. Dice *Hebreos 2:14* ***“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, v:15 y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. v:16 Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham”***. La Biblia nos muestra que Luzbel engañó a muchos ángeles, sin embargo, Dios no quiso redimir a ninguno de ellos, sino que los lanzó eternamente a las regiones de tinieblas junto con Satanás; en

cambio al hombre Dios lo redimió. ¡Alabado sea el Señor por Su misericordia! Los ángeles son seres más hermosos que nosotros, sus faltas fueron insignificantes a la par de las nuestras, pero Dios no los quiso socorrer a ellos, sino a nosotros. El apóstol Pablo claramente dice que Dios nos escogió desde la eternidad pasada, en otras palabras, Él quiso salvarnos a nosotros por Su deseo. Cuando Dios vio al hombre en pecado, Él no titubeó en salvarlo, Él no permitió que Satanás arruinara Su Plan Eterno. La Biblia dice: ***“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”*** (1 Corintios 1:25). Pareciera que el hombre no es la mejor carta de presentación de Dios, pero aunque parezca insensato, allí está Su sabiduría.

Dios planificó desde la eternidad pasada que la simiente humana sería la criatura en la cual Él habría de fincar Su vaso de expresión; sólo que lo hizo con un detalle diferente a los demás seres que Él creó, esto es: “El libre albedrío”. Cuando Dios pensó en hacer al hombre, no hizo seres autómatas, o estilo robots, sino hizo seres con la facultad de elegir. Dios puso mucho en riesgo al darnos el libre albedrío, pero Él sabe que al final Su Plan se llevará a cabo con aquellos que respondan. Digno es el Señor de ser alabado por Su Plan, Su salvación es grande para nosotros. Dios nos ha elegido por Su deseo, y hará todo lo posible para encaminarnos a alcanzar aquello para lo cual nos alcanzó.

La Biblia dice: ***“Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido. ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños”*** (Mateo 18:11-14). Estos versos son un reflejo de la misericordia de Dios, nos muestran que Dios nos escogió para salvarnos, y que por muy torpes que seamos Él quiere llevar a cabo Su Plan con nosotros. Dios no quiere que nos perdamos, sólo quiere que nos decidamos por Él, pues lo preciado que Él ve en nosotros es precisamente: Nuestra Voluntad; lo demás lo hará Él.

Debido a esta salvación tan grande para la cual hemos sido escogidos, el apóstol Pablo nos dice que tenemos que dar gracias a Dios, nos dice que nos debemos gozar en esa salvación, pues, nada detiene a Dios de lo que se ha propuesto para con nosotros. En nosotros no hay nada bueno, ni siquiera tenemos anhelos de Dios, pero Él nos escogió para salvación mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad.

La santificación tiene que ver con consagrar, o apartar algo para un uso específico. Por ejemplo: Si una ama de casa tiene un huacal y lo usa para cocinar, para lavar, para regar las plantas, para echar basura, etc. podemos decir que ese huacal fue profanado porque lo usaron para muchas cosas. Si por el contrario, hay un depósito como un termo, el cual, pasa lleno de café, podemos decir que ese “termo” está consagrado o apartado para el café. Esa es la idea que nos da el apóstol Pablo, que Dios empezó a apartarnos para ser salvos aun desde antes de convertirnos a Él. La mayoría de los creyentes tenemos el testimonio de las muchas experiencias y

circunstancias que vivimos antes de venir a rendirnos a los pies del Señor, pues, Dios mismo nos hizo atravesar ciertas cosas que nos hicieron ver que ya no había otro camino más por donde ir, que no fuera el Señor Jesucristo. Los hijos de los creyentes no están exentos de esta regla, de una forma u otra también Dios los prepara para que se encuentren con Cristo. Este proceso es parte de la santificación, es parte de la obra que hace el Espíritu Santo para salvarnos. Esa obra santificadora que hace el Espíritu Santo es parecida a la experiencia que vivió Jonás, un profeta que andaba huyendo de Dios, pero le sucedió de todo hasta que hizo lo que Dios quería. Si recordamos la historia de Jonás, la Biblia dice que él zarpó en barco a un lugar lejano, mientras navegaban se levantó una gran tormenta, los marineros echaron suertes y la suerte cayó sobre Jonás, de manera que lo echaron al agua; al caer al mar se lo tragó un pez, finalmente el pez lo vomitó, de modo que Jonás no tuvo otra opción que ir a Nínive a predicar. Tal vez esta historia parece fantástica, pero en parte nos muestra la obra santificadora que hace el Espíritu Santo. Dios nos hace pasar por muchas desavenencias cuando estamos en el mundo con miras a santificarnos, para mostrarnos que somos de Él, y ya al estar en la Iglesia, Dios nos aparta para que le seamos útiles en el servicio a Su Reino.

Ahora bien, nosotros debemos aportar algo a la obra santificadora, y ese ingrediente es la fe. La fe no es hacer buenas obras, sino es simplemente creer, sólo que esta fe no proviene de nosotros, sino de Cristo. El hombre de sí mismo no tiene fe, pero dice *Gálatas 2:16* que fuimos justificados por la fe de Cristo, en otras palabras, Dios nos permite creer por la fe de Cristo, y mediante esa fe nacemos de nuevo. Lo único que tenemos que hacer para ser salvos es recibir ese don maravilloso de “la fe de Cristo”, y asirnos a ella. Cuando logramos asirnos a la fe, somos cambiados de dimensión, somos salvos eternamente; tal aplicación de la fe es lo que hace la diferencia entre un creyente y un incrédulo, pues, eso lo decide cada ser humano. La obra santificadora de Dios requiere la fe para todo, pues, nos sirve para ser salvos y para desarrollarnos en el Señor.

El apóstol Pablo nos dice cuál es el objetivo de Dios al salvarnos, pues, dice *2 Tesalonicenses 2:14* **“Y fue para esto que El os llamó mediante nuestro evangelio, para que alcancéis la gloria de nuestro Señor Jesucristo”**. El objetivo de Dios al salvarnos es que alcancemos la gloria de nuestro Señor Jesús. Tenemos que alabar al Señor por su hermoso Plan. La razón por la cual el Señor nos trabaja, nos quiebra y nos moldea es que alcancemos la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Según lo que dice el Nuevo Testamento, la Gloria del Señor Jesucristo es la era venidera, es el tiempo en donde Él vendrá a someter los Reinos de este mundo. Esto es por lo que el apóstol Pablo dice que no cesemos de dar gracias al Señor, porque no nos llamaron sólo para ser salvos, sino también para que alcancemos Su Gloria, es decir, que juntamente con Él gobernemos los Reinos de este mundo cuando Él sea declarado Rey de Reyes.

Lo que Dios nos ha dado y prometido es enormemente maravilloso, pero el Evangelio es un asunto opcional, tal promesa está amarrada al libre albedrío de cada ser humano. Cada uno de nosotros decidimos nuestro futuro; si nos consagramos al Señor, si le amamos, si le servimos, si dejamos que Él viva por nosotros, un día Él nos dirá: *“Buen siervo y fiel, en lo poco fuiste fiel en lo mucho te pondré; entra al gozo de tu Señor”*; ese día habremos alcanzado la Gloria de Dios.

Si por el contrario, nos revelamos a Su Plan y no vamos en pos de Su Gloria, un día seremos echados en las tinieblas de afuera durante un tiempo prolongado para ser purificados y luego entrar a la eternidad con el Señor, pues, por ser hijos no seremos desechados eternamente como los incrédulos.

Hermanos, procuremos alcanzar la Gloria de nuestro Señor Jesucristo, pues, para eso nos salvaron. *¡Amén!*